

lososofía de la historia, de la teología, para reducir la historia a un puñado de acontecimientos, interpretados en las tinieblas del ateísmo, y no a la luz de la Verdad.

Su precio de comercialización —afortunadamente— lo hace inasequible para la mayoría de hispanoamericanos, imposibilitados de gastar los 25 Euros que aproximadamente cuesta. A este respecto, la autora tampoco aborda el tema de la postración económica en la que nos encontramos precisamente a partir de la independencia por las exacciones perpetradas, principalmente por Inglaterra, para cobrar la financiación de la guerra a España (el tema ha sido tratado por dos autores: Eduardo LEMAITRE, *La Bolsa o la Vida*, Ediciones Banco de Colombia, Bogotá 1974; Arturo ABELLA, *Don Dinero en la Independencia*, Editorial Lerner, Bogotá, 1966). Pero —infortunadamente— ese precio, y la facilidad de copiar los discos compactos ha hecho abundar las copias piratas, por lo que el veneno circula a precios más cómodos para las masas que tengan la paciencia de oír a la autora.

JUAN DAVID GÓMEZ

SÁENZ QUESADA, María, *Las deudas pendientes del Bicentenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

En el contexto del Bicentenario de la Revolución de Mayo, es interesante el desafío que se impone la historiadora argentina en su última obra: trazar el recorrido de las revoluciones independentistas hispanoamericanas desde la perspectiva del presente, pero sin caer en la trampa en la que ha caído la mayor parte de la reflexión historiográfica frente al acontecimiento, que ha consistido en un puro ejercicio político e ideológico de especulación sobre el hoy, olvidando la descripción del ayer.

Sáenz Quesada intenta en este libro, bien escrito y de amena lectura, narrar de manera abarcativa el proceso por el cual el Imperio Español en América se disgregó en el lapso de unos pocos años, dando lugar al nacimiento de un conjunto de naciones soberanas que tuvieron

a partir de entonces que encarar un repertorio de desafíos que hasta el día de hoy no han sido resueltos. Para cumplir con el objetivo, realiza un fresco de época en el que intenta rescatar todas las voces, tanto las individuales como las colectivas, del proceso independentista. Como ella misma lo reconoce, en este esfuerzo pretende hacer una síntesis entre la importancia de los grupos y las colectividades como actores del proceso de cambio, sin al mismo tiempo olvidar la presencia de individualidades fuertes, los héroes y próceres de la historiografía del siglo XIX. Huelga decir que consigue el balance propuesto.

El punto de partida es la consideración de que hoy, al igual que en 1810, las naciones americanas enfrentan un repertorio de problemas comunes a los que han dado respuestas diversas, en las que han tenido su influjo las tradiciones nacionales, las peculiaridades culturales, geográficas, sociales y políticas de cada una. Por eso el recurso a la historia se impone como manera de encarar el presente. En este recorrido histórico Sáenz Quesada no descuida la multiplicidad de factores, tanto internos como externos, que influyeron en el proceso revolucionario: su análisis abarca lo social, lo económico y lo político de forma complementaria, consciente de que no hay explicaciones únicas para entender los grandes procesos de cambio histórico.

Como decíamos, en su estudio la autora recurre a voces diversas para explicar el proceso histórico. Desde la mirada a América de los naturalistas europeos como Humboldt, Félix de Azara y Bonpland y la repercusión de sus estudios en los americanos Caldas y Clavijero, a la acción de los precursores de la Independencia: Francisco de Miranda, Antonio de Nariño y especialmente Manuel Belgrano. La acción de los personajes individuales que contribuyeron en fomentar el espíritu revolucionario se une a las fuerzas profundas que latían en la realidad americana. Aquí la historiadora presta atención, a lo largo de los capítulos, al papel que cupo especialmente a los criollos en el despertar de la mentalidad independentista y republicana, y su contrapunto en los españoles peninsulares que se opusieron a los movimientos. No por ello descuida, evitando las explicaciones simplistas, analizar el rol de muchos criollos y peninsulares que, por razones diversas, militaron en el bando opuesto al de los independentistas, o que cambiaron varias veces

de orientación de acuerdo al devenir de los acontecimientos. Hay otros dos grupos que también merecen su curiosidad: los variados «pueblos originarios», con la multiplicidad de sus reclamos históricos, y los esclavos africanos, con especial atención al caso de Brasil y a aquellos que en Haití siguieron a Toussaint de Louverture en la primera y cruenta aventura independentista. Próceres o ignotos participantes de las masas, todos colaboraron de alguna manera en el proceso de formación de las naciones americanas.

Este es un punto central del libro, en el que la autora realiza un análisis acertado. Luego de describir la realidad americana de México al Río de la Plata en las décadas anteriores a la emancipación, analiza los factores internos y externos que contribuyeron, especialmente desde la invasión napoleónica a la Península, a desatar el proceso juntista. En esta parte radica el meollo de la obra: de qué manera el vínculo entre España y América, que radicaba en la unión entre el Rey y los pueblos americanos, se rompió en el preciso momento en que, en la defensa ante los franceses, surgió en España la conciencia nacional. Con el despertar de la nación española y de las naciones americanas, comenzaba un proceso que culminaría con las independencias, período en el que las tradiciones políticas vigentes serían reemplazadas por el ideario liberal. Entonces es cuando aparece la noción de ciudadanos, a la que serán incorporados los «pueblos originarios» y los mismos esclavos, en un proceso que aún no está cerrado en muchos países. Y es entonces cuando se comienzan a formar, por la disgregación de las unidades virreinales, las repúblicas americanas, no obstante las desviaciones monárquicas de los comienzos. El desarrollo de estas autonomías se enmarca en la obra de los grandes libertadores, San Martín y Bolívar, y se recorta contra la frustración de las aspiraciones de la gran nación americana unificada.

Especial atención merece el capítulo que Sáenz Quesada dedica a los avatares de la Iglesia durante la emancipación. Describe su rol institucional como contradictorio, y afirma que nunca pudo recuperarse del todo del cimbronazo de la revolución. Afirma la autora que, no obstante asumir las nuevas naciones el Patronato Real, aún a disgusto de Roma, el lugar de la religión en la sociedad no sería el mismo, en gran medida

por haber tenido los clérigos y sacerdotes que tomar partido por alguno de los bandos en pugna. Hidalgo y Morelos, los curas revolucionarios mexicanos, son un buen ejemplo. Ello, sumado al anticlericalismo de algunos hombres de la independencia —pone como ejemplo a Castelli, en contrapunto Belgrano, un liberal que no había abandonado sus creencias religiosas— provocó una cisura entre Iglesia y sociedad americana que se profundizó en las décadas siguientes.

Dijimos al comienzo de la presente reseña que la autora encara su reflexión desde el presente, desde aquellas deudas que han quedado pendientes en las naciones americanas. Y en la determinación del haber y el debe se guía por la tradición del iluminismo que dio origen a las repúblicas democráticas americanas. En un año del Bicentenario que se inició con las tragedias de Haití y Chile, y en el que, especialmente en la República Argentina, se ha hecho un uso caprichoso e interesado de la historia, Sáenz Quesada propone un retorno al ideario iluminista de los próceres y precursores de la emancipación. Retomar la herencia positiva de la Ilustración europea adaptada al nuevo contexto histórico de la globalización es su propuesta. Derechos individuales, igualdad social, respeto a las libertades, reconocimiento de una estructura republicana institucional que, a través del consenso, permita la resolución de los conflictos, democracia política, desconfianza ante los personalismos y caudillismos, abandono de la violencia y los autoritarismos, entre otros, son los elementos que la autora reconoce como constitutivos de una tradición (revolución) americana que, con las modalidades propias de cada región del continente, ha sostenido como ideal y utopía el proceso de conformación de las naciones salidas de la fragmentación del imperio español.

Por más que se pueda discutir sobre la validez de esta premisa y disentir con sus puntos de vista, debe reconocerse que Sáenz Quesada ha escrito una obra que representa un punto importante en la pobre producción historiográfica argentina en ocasión del Bicentenario. Por la honestidad con que ha sido escrito, por la habilidad para sintetizar una realidad tan compleja como la americana de la emancipación, por su uso de las voces contemporáneas a los acontecimientos y por optar por una multiplicidad de líneas explicativas de la realidad evitando los

simplismos, entre otras razones, *Las deudas pendientes del Bicentenario* merece especial examen.

GONZALO SEGOVIA

ESTRADA, Antonio, *Rescoldo. Los últimos cristeros*, Encuentro, Madrid, 2010.

Ha resultado una grata sorpresa, y desde luego es todo un acierto, una de las novedades de la editorial Encuentro, al publicar, entre sus últimos libros, una novela como la que nos ocupa, una obra ambientada en uno de los hechos históricos más desconocidos y ocultos de la historia de México: la Cristiada, o simplemente la guerra cristera.

No hará falta recordar a nuestros lectores que la Cristiada fue aquel enfrentamiento entre el gobierno de Elías Calles y los católicos mexicanos que tuvo lugar entre los años 1926 y 1929, y que culminó con una negociación patrocinada por Dwight W. Morrow (embajador de EE.UU. en México, banquero, protestante y masón) entre el gobierno revolucionario y la Iglesia, representada por Mons. Ruiz y Flores, Delegado Apostólico, y Mons. Pascual Díaz y Barreto, uno de esos obispos que se habían mostrado partidarios de buscar vías de entendimiento con el gobierno callista.

Los intermediarios solamente consiguieron del Presidente de la República buenas palabras y alguna que otra declaración de intenciones. Ni los artículos constitucionales, ni las leyes que motivaron el levantamiento de los cristeros fueron derogados. Se alcanzaba así un *modus vivendi* en el que todo seguía igual, con la sola promesa de relajar las medidas restrictivas en relación al culto de los católicos; pero dejándolo en manos de los gobernadores estatales.

El sacrificio de 30.00 cristeros pareciera que había sido en vano, y, para colmo, la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa debía ser disuelta. Como buenos católicos los cristeros obedecieron a la jerarquía eclesiástica y depusieron las armas. Y como buenos católicos, cuando sus jefes eran asesinados en las estaciones de tren o en las calles